



Un día la musa aprendió a escribir

Agustina Fontirroig

Resumen: La oralidad fomentó la interacción social y la transmisión de conocimientos en forma de mensajes claros y sencillos; la escritura sentó las bases de lo que se convirtió en otro modo de almacenar la información, estableciendo una mayor importancia en el contenido de aquello que se quiere comunicar.

En su trabajo de investigación titulado “La musa aprende a escribir: Reflexiones sobre la oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente” (1986), el filósofo Eric A. Havelock (1903-1988) expone el proceso de crisis que se produjo en la historia de la comunicación humana cuando el pueblo griego pasó de la cultura de la oralidad a la cultura escrita.

Palabras clave: oralidad – escritura – comunicación – cultura – historia.

La narrativa oral u *oralidad*, presente desde el surgimiento de la cultura humana, impulsó la interacción social y estimuló la transmisión de conocimientos, creando así nexos entre los miembros de una sociedad. Muchas de esas historias narradas se fueron adjudicando mayor importancia con el paso del tiempo, lo que luego provocó su devenir en formato de imágenes o escritos para su conservación. En su trabajo de investigación titulado “La musa aprende a escribir: Reflexiones sobre la oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente” (1996), el filósofo Eric A. Havelock nos relata el proceso de crisis que se produjo en la historia de la comunicación humana cuando el pueblo griego pasó de la cultura de la oralidad a la cultura escrita.

Havelock nació en Londres, Reino Unido. Decidió estudiar filología clásica -rama de la filología que atiende al estudio



de las lenguas clásicas como latín y griego- en la Universidad de Cambridge, donde se licenció en 1926. Emigró a Canadá, donde inició su trabajo académico en Acadia University (Nova Scotia), y permaneció allí hasta 1929, año en el que se incorporó a la Universidad de Toronto (1929-1947). En 1947, se trasladó a la Universidad de Harvard, en Cambridge, donde permaneció quince años como profesor y director del Departamento de Lenguas Clásicas (1956-1961). Se desempeñó como profesor de la Universidad de Princeton (1961-1963) y de Yale (1963-1971), donde dirigió el Departamento de Clásicas (1963-1969). Su vida académica finalizó en la State University de Nueva York, en Buffalo (1971-1973).

Este filólogo retoma el modelo de la historia de Grecia, como el puntapé inicial para explicar el desarrollo intelectual de occidente -siendo que ésta fue la primera de su género en la historia de nuestra especie-, y relata cuáles fueron las condiciones en las que se pasó de una cultura oral a una cultural escrita.

Lugar común donde los haya es observar que la «invención» de la escritura o, dicho con más precisión, la transición de una sociedad carente de escritura a otra en la que toda --o casi toda manifestación lingüística relevante se efectúa por medios escritos supone una transformación radical de todos los aspectos de la vida social y del pensamiento: ni la religión ni la literatura, ni las ciencias ni el derecho, tal como los venimos entendiendo los «civilizados» desde hace más de dos mil años ---desde que hay propiamente historia», otro concepto indisoluble de la expresión escrita- serían concebibles sin la intervención de la escritura (Havelock, 1996).

Antes del surgimiento de la escritura, la transmisión oral fue el único sistema de “memoria cultural” (entendido también como memoria colectiva), el cual consistía en recordar y memorizar acontecimientos pasados para transferirlo a las generaciones venideras. En este sentido, el autor posiciona a la musa –divinidad inspiradora- en un lugar de poder ya que era por tanto la personificación y caracterización de las representaciones de discursos.

Havelock problematiza su existencia diciendo que este personaje ejercía cierta exclusividad sobre las historias de la literatura griega primitiva. Sin embargo, una vez que la musa recitaba a través del canto y/o la poesía los conocimientos



generales, se corría el riesgo de que en la posterior circulación de dichas historias se produjeran cambios de contenido. No sólo porque quien realizara el acto de contar –en este caso la musa- debía conocer perfectamente el acontecimiento, sino también porque en el devenir de boca en boca, esas historias perdían algunos datos relevantes. De allí nace entonces la necesidad y exigencia de registrar en forma literaria todos aquellos mitos y narraciones orales que circulaban por la sociedad.

Dos siglos después los tiempos han cambiado. La musa misma (o las musas), retratada en la cerámica, sigue cantando o, cuando menos, recitando, pero lo que está sucediendo realmente es mucho más complicado. Los textos del teatro griego -tanto las tragedias como las comedias- que tenemos muestran muchas señales de un hecho histórico importante. El canto, la recitación y la memorización, por un lado (una combinación cultural que podemos etiquetar adecuadamente como oralidad), y el leer y escribir por el otro (costumbre de una cultura documentada y alfabetizada), empezaban a hacerse competencia y a entrar en colisión. No es que ésta sustituyera automáticamente a aquélla lo que sucedía entre ellas era más complicado. Elijamos, como un ejemplo entre muchos, una pieza estrenada por Eurípides en el año 428 a.c., el *Hipólita*. La trama se centra en la composición escrita de un mensaje dejado por una difunta esposa que incrimina (falsamente) a su hijastro. La presencia de la tablilla en la que está escrito el mensaje, y que se encuentra sobre el pecho del cadáver, está efectivamente representada en escena. El marido, al llegar a casa, descubre la desgracia, desata la tablilla y la lee silenciosamente. Es de suponer que por entonces el público de teatro aceptara como un hecho normal que una mujer supiera escribir y que un hombre supiera leer. Pero mientras lee, exclama espontáneamente: La tablilla grita, grita cosas terribles! (...) ¡Qué canto, qué canto he visto entonar por las líneas escritas! (Havelock, 1996: 44).

Havelock plantea que el mensaje, al ser cantado y recitado en forma oral, no es visible; en cambio, la palabra escrita, sí. “La musa de la oralidad cantora, recitadora y memorizadora, está aprendiendo a leer y escribir; pero al mismo tiempo continúa también cantando” (1996: 45). La escritura empieza a exigir un terreno propio y, en cierto momento histórico, ambas llegan a convivir al mismo tiempo. Es entonces allí cuando el autor sugiere este fenómeno como el momento de transición cultural. El lenguaje oral, basado en el ritmo no permanecía en



su forma original, el mundo alfabético y fonético era ambiguo y se necesitaba de un registro para que permaneciera en la Historia. En definitiva, la musa que cantaba se transmutó en escritora: ella que requería y pretendía que los hombres la escucharan, ahora los convocaba a leer.

Hasta ese entonces, la noción de oralidad fijaba la concepción de una situación cultural que se alejaba notoriamente de la civilización de la escritura y que empleaba un lenguaje que le era propio. En la Antigüedad, se consideraba que aquellos que tenían por hábito leer eran personas sabias: “El que no leía y escribía no era, culturalmente hablando, una persona” (Havelock, 1996: 65). Esto provocó un gran choque cultural entre quienes dominaban el mundo de la alfabetización escrita y quienes no. Havelock lo demuestra a partir del ejemplo de la colonización del continente americano. Cuando los europeos invadieron América, lo hicieron en dos aspectos. Por un lado, fue un choque social siendo que, a través de las armas, los invasores impusieron la ideología europea. Por otro lado, la colisión se hizo presente también cuando estos intelectuales obligaron a tomar conciencia de su propio uso de la escritura alfabética, imponiéndoles a los aborígenes que aprendieran su dominio. Esto provocó que los nativos, que aún utilizaban la oralidad para la transmisión de sus mitos y leyendas, tuvieran que relegar ese lenguaje natural.

La escritura dominaba así la identificación de las clases. Sin embargo, la oralidad no estaba estrechamente ligada con la primitividad, sino más bien se debía a que la sociedad griega no establecía comunicación con ningún pueblo que tuviera conocimientos del alfabeto. A medida que avanzaba la alfabetización de las masas europeas bajo los gobiernos liberales o democráticos, la palabra escrita determinaba el eje por el cual se consideraban los problemas de la conciencia y de la comunicación.

Las grandes epopeyas, los coros cantados, las actuaciones ritualizadas caen en el olvido. Cuando llega el investigador alfabetizado para grabar lo que dicen, todo lo que queda es entretenimiento residual, relatos, canciones y anécdotas que no dicen nada que sea muy importante (Havelock, 1996:74).

Si bien el propio lenguaje, esa materia prima que hay detrás del escrito y del libro, ya es de por sí concebido como un



medio de comunicación entre las personas, las dificultades que presenta su traslado (transcripción) a cualquier clase de escritura se derivan en problemas psicológicos. Las historias y mitos se ofrecían en un acto de visión en lugar de un acto de audición. Havelock define al lenguaje como la base de una actividad colectivista; es decir, sus acuerdos deben ser compartidos por grupos enteros o sociedades antes de que un determinado significado esté disponible para el resto de los individuos dentro de la sociedad. Con la escritura, esa decisión quedaba en manos de quienes eran estudiados en el tema.

Con la escritura se permite captar exactamente el contenido de un relato, pero es también considerable a ello incorporarle el concepto de estética. En la oralidad primaria, el contenido funcional es diseñado en formas verbales que faciliten y ayuden a la memoria. La escritura es una de las formas de comunicación mayormente usada debido a su valor estético y su finalidad social, otorgado por la responsabilidad social de las clases alfabetizadas que condicionan los relatos.

La tarea de conservar esta tradición oral quedó en manos de especialistas, de expertos en el lenguaje que le es propio: entre ellos *rapsodas*, *músicos*, *profetas* y *sacerdotes*. Fueron ellos quienes conservaron un lenguaje que finalmente se convertiría en arcaico ya que estaba destinado con fines de conservación más que de creación. Estos especialistas contaban con diferentes medios para registrar. En un primer lugar o primer momento, se aprovechaban y servían del *ritmo biológico* de la técnica que empleaban, en especial cuando ésta era establecida por el canto, la música y la danza. En segundo lugar, a partir del empleo de la forma narrativa, es decir según la acción y no mediante ideas ni principios:

El hecho más fundamental de su operación es lingüística es que todos los sujetos de enunciados deben ser narrativizados, es decir, que deben ser nombres de agentes que hacen cosas, trátense de verdaderas personas o de otras fuerzas personificadas. Los predicados a los que se vinculan deben ser predicados de acción o de una situación presente en la acción, jamás de esencia ni de existencia (Havelock, 1996: 110).

A modo de síntesis, la oralidad cumplía con la función de llevar el mensaje a la gente por lo que debía consistir en un léxico sencillo y básico para poder ser almacenado y memorizado



por el poeta y luego entendido por el público destinatario. En contraposición, la escritura sentó las bases de lo que se convirtió en otro modo de almacenar la información. Mientras que en la oralidad la relación establecida era cara a cara y su supervivencia estaba determinada por los vínculos sociales; en la escritura fue el papel –y luego el papel prensa gracias a Johannes Gutenberg y la invención de la imprenta hacia el año 1440- el dispositivo que se convirtió en la mejor manera de comunicar, convirtiendo a los lazos sociales en algo prescindible y ya no tan necesario.

Bibliografía

- AA.VV. “Eric Alfred Havelock (1903-1988): Perfil biográfico y académico”. [en línea]. Consultado el 8 de marzo de 2016 en: <http://www.infoamerica.org/teoria/havelock1.htm>
- Havelock, Eric A., (1996). *La musa aprende a escribir: Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Prof. Britta Sweers; Dr. Melanie Unseld; Prof. Ursula Kocher. 2010. “La literatura conquista al mundo”. En *Gran Enciclopedia del Saber National Geographic* (15, 36) Santiago de Chile: Editorial Amereida S. A.